

EL ECO DE CARTAGENA

Lunes 29 de Marzo de 1880.

NUESTRAS PROCESIONES DE SEMANA SANTA.

LAS DEL VIERNES.

Humorística, por demás juguetona, ha estado la naturaleza en estos días, ya presentándonos un cielo sombrío, con todos los aparatos de la lluvia; ya descorriendo el oscuro cortinaje para dar paso al rayo hermoso de un sol de primavera, ó á la alba luz de la lámpara de la noche. Al doblar el medio día del miércoles, cuando más inminente parecía el rocío, sin una ráfaga de viento que las impulsase, comenzaron las nubes á pronunciarse en retirada, y hubo procesion. A las dos horas de haberse retirado ésta, el cielo se cubrió de nuevo, y llovió; y lloviznando siguió, con ligeros intervalos, todo el día del jueves hasta la media noche. Propicia, y como si quisiera tomar parte en nuestras místicas demostraciones de la escena del Calvario, ahuyentó de nuevo las negras flotantes gases; la luna mostró su límpida faz; hermosos brillantes esmaltaron el purísimo azul del firmamento, y ténues las áuras apenas si dejaban sentir sus soplos primaverales.

¡Hermosa madrugada del viernes Santo! yo me descubro reverente ante la unción religiosa de esos momentos solemnes, recordando el pretorio, la sentencia de un juez íntimo, los gritos de una plebe descreída; veo el Calvario; en su cima al hijo de Dios pendiente de una cruz, y al pié de ella á una madre desolada!... ¡Yo os saludo, hermosas horas del más santo y más augusto de los días!

Bajo tales auspicios de la naturaleza, las músicas de los tercios de los hebreos y de los judíos rompieron diana en la plaza de San Francisco, dirigiéndose después á dar sus paseos de costumbre y recoger á sus jefes. Era la una. La población despertó agradablemente á sus sonidos, y comenzó la animación por todas partes.

Cuando el sol nos envió sus primeros resplandores, las puertas de la ciudad hubieran podido tomarse por otros tantos ríos de seres vivientes, cuyos afluentes eran todos los caminos que á ella conducen. No recordamos haber visto una afluencia semejante á la procesion de la mañana.

A las cuatro y media comenzó á salir la procesion, dirigiéndose por la calle de Medieras á la del Aire, sin pasar por Santa María; costumbre que ha habido necesidad de interrumpir, por el mayor volúmen

de los modernos tronos, que hace dificultosa su salida por la puerta del baptisterio.

Rompian la marcha cuatro individuos y un cabo de la guardia civil, con el arma á la funerala, y le seguían los tercios de hebreos y de judíos. Como en la procesion del miércoles, marchaban entre ellos candorosos niños de ambos sexos, á más de los que ya hablamos, con trajes de hebreos, de espada en mano, de Jesús, de San Juan, de Magdalena y de capirote á la antigua usanza. Entre estos iba uno, verdadero capirote en miniatura, pues apenas si contaría cuatro años. Otro iba también, casi de la misma edad de espada en mano, que ni aun fuerzas tenía para sortener la espada.

Capitaneaba á los hebreos el apuesto Carrion, y á los judíos el nunca bien ponderado Barrera, rebosado en su consabida azabachada barba. La porra ya se sabe: es derecho del Sr. Colás. En esta procesion tuvimos el gusto de ver al capitán de volantes. Magnífico era el aspecto de estos tercios al reflejarse sobre ellos los primeros rayos del sol, que con arreglo al itinerario de la marcha, viene á salir en la plaza de San Francisco. El tercio de los hebreos constaba de veintitres parejas y tres jefes; el de los judíos de treinta y dos y cinco respectivamente.

Veintiuna parejas de capirotos, que formaban el tercio de N. P. Jesús, precedido de su estandarte, seguían al de los judíos. La imagen llevaba su rica túnica de terciopelo bordada de oro. El trono como siempre: el monte adornado de menuda flor silvestre, y alumbrado por cuatro grandes bombas solares. Detrás iban cuatro mugeres en actitud penitente, de las cuales tres llevaban el rostro cubierto y una de ellas con cruz al hombro.

Sigue el estandarte y tercio de la muger Verónica con el paño de las tres fases del Salvador; y sucesivamente los de las demás piadosas mugeres María Cleofé, María Silomé y María Magdalena. Los tronos, aunque al estilo antiguo, presentaban muy buen aspecto en la forma y distribución del cartelage, revestido de bonita y delicada flor, especialmente el de la última, que siempre mereció especial esmero y cuidado de la cofradía de N. P. Jesús de Nazareno. La flor de este trono, lo mismo que los de la Virgen y San Juan son de la acreditada fábrica del señor Gualtero, de Madrid.

Veintiuna parejas de capirotos formaban cada uno de los anteriores tercios.

Tras de la Magdalena sigue el estandarte y tercio de San Juan. Bellísimo es también el trono de esta efigie, del cual ya nos ocupamos el año anterior.

Los marrajos pueden estar orgullosos con él. En este año se le ha hecho la novedad de platario; la flor que llevaba, camelias de blanco y azul, de las que pendían bonitas cintas de alga. El tercio lo componían veinticuatro parejas de capirotos.

Pero el que se lleva la honra en la procesion es el de la Virgen de Soledad, paso que sigue al del discípulo amado. El arte y el buen gusto han estudiado en él sus bellísimas combinaciones para darnos una obra verdaderamente suntuosa. Era de verlo en la plaza de la Merced cuando los rayos del sol daban de lleno sobre su dorada base.

Magnífico, sorprendente era el aspecto que presentaba la dicha espaciosa plaza en los momentos á que nos referimos. Pueden suponerse en más de ocho mil almas las que allí había reunidas, ya formada en apinhadas filas en derrador y frentes del jardín, ya en los balcones y azoteas; bien amontonadas en las boca-calles, ó discurrendo por el centro y alamedas, á falta de resquicio por donde poder mirar, pues una muralla humana circunvala la parte interior del mismo jardín. Y en medio de todo, ¡qué variedad de trajes y de colores! ¡Qué cambiantes en la entonación del cuadro, según las reverberaciones del sol! Si á esto se añade los ecos de las músicas, la calma de la naturaleza, con sus áuras primaverales, con el aroma de sus primeras flores; la hora, la vista de las imágenes, objetos de nuestra cristiana contemplación, tendremos una idea de toda la poesía que reviste la procesion de la mañana, destinada á conmemorar la fatal carrera que nuestro Salvador siguió desde el Pretorio hasta el Calvario.

Cuando la Virgen entró en Santo Domingo eran ya las once. Acompañóle la cruz y terno parroquial, y como piquete de honor una compañía del regimiento de San Fernando.

Allí se dieron todos cita para la procesion de la noche ó sea la del Santo entierro.

De esta diré que empezó á salir á las siete y concluyó de retirarse á las doce y media; y que discurrió ambientado como la de la mañana, bajo un cielo sereno y una temperatura apacible. El gentío, inmenso, mayor que el de la mañana. A la salida de la procesion, la carrera empezando por la calle Mayor, Honda, Balcones Azules y plaza de San Francisco en toda su circunferencia, completamente obstruida: el tránsito se hacía sumamente difícil.

Los pasos del Santo entierro son los mismos que los de la procesion de la mañana á excepcion de la Cruz y del Sepulcro, que en esta sustituyen á la Verónica y á Nuestro Padre Jesús, y de cuya descripción me

ocupé en la del año pasado; omito pues, por redundancia, detalles de todos conocidos; y solo añadiré aquí el número de luces que llevaba cada paso.

Nuestro Padre Jesús.	4
Verónica.	84
María Cleofé.	84
María Silomé.	84
María Magdalena.	100
San Juan.	120
La Virgen.	130
La Cruz.	50
El Sepulcro.	60

Las parejas de capirotos que se ha señalado á cada paso están arregladas al número de túnicas de que dispone la Cofradía; siendo muchos más los individuos que se presentaron en demanda de ellas.

Según antigua costumbre el piquete que vá detrás de la Virgen en el entierro corresponde á los batallones de Marina; habiéndolo verificado en este año la brillante compañía del mismo cuerpo destinada á la guardia del arsenal.

Aquí pudiera dar fin á esta mal perplejañada revista; pero no lo haré sin consignar, entre otras cosas, dos hechos que hablan muy alto en favor de la cultura de este pueblo y de su celoso municipio. Uno es el respeto y religiosa actitud del primero en el curso de la procesion; el otro la exquisita vigilancia que se ha ejercido en estos días, lo cual ha dado el satisfactorio resultado de no haberse tenido que proceder ni siquiera á una detencion.

También es justo consignar aquí un voto de complacencia á los Excelentísimos Sres. Capitan General de Marina del Departamento y Gobernador militar de la plaza, por cuanto han podido contribuir obsequiosos al brillo de nuestras religiosas solemnidades, facilitando las fuerzas para los piquetes y demás que ha sido necesario; complacencia que alcanzar debe también á los señores coroneles de los regimientos de infantería de Marina y de San Fernando, que han prestado los músicos de sus respectivas bandas que se han solicitado.

Y, á vosotros californios de mi alma, marrajos de mi corazón, ¿qué os diré? os diré que vuestras procesiones han estado muy buenas, y orgulloso estoy de los elogios que he escuchado por todas partes; y como prueba de lo que han satisfecho á propios y extraños, os diré también, que muchos de los forasteros se han convidado para las del año que viene. Entre ellos se cuenta de un inglés que tenía encargado á otro le escribiera si las había en el presente, y ha venido expreso para verlas; un almeriense que dice volverá, así llueva ó truane, y un sevillano, esto es lo bueno, que no